

OPUS DEI 1928-1978: UN CAMINO QUE SIGUE

RAFAEL GOMEZ PEREZ

Desde hace cincuenta años, el Opus Dei es una realidad en el tiempo y en la historia. Como las conmemoraciones son ocasiones para la información y la reflexión, en estas mismas páginas se ofrecen datos para un avance de historia y testimonios de algunas de las innumerables personas que han conocido o conocen de cerca el Opus Dei. Pero quizá todo esto sea lo menos importante; lo esencial es entender; lo central es dar con ideas que, en este caso, no pueden separarse de su contexto propio: una muestra de la intervención de Dios en la historia de los hombres.

Sobre todas las realidades, también sobre las cristianas, puede haber pensamientos profundos y tópicos, voluntad de entender y generalizaciones superficiales. Entender el Opus Dei significa, antes que nada, acercarse, con serenidad de pensamiento, a la actividad de un hombre concreto, Mons. Escrivá de Balaguer, que desde el 2 de octubre de 1928 ofrece un camino nuevo en la historia de la espiritualidad cristiana. Y lo hace sin solemnidad alguna, sin ostentaciones de profetismo, como algo que Dios enseña sirviéndose —decía él en su humildad— *de un instrumento inepto*.

No es una tragedia, sino un juego, pero un juego divino, decía Mons. Escrivá de Balaguer comentando un pasaje del libro de los Proverbios (VIII, 31): *ludens in orbe terrarum*. Dios ha jugado y juega continuamente

con los hombres, sin que, por otro lado, considere a los hombres como simples instrumentos de juego. Dios juega seriamente, pero con alegría. Vienen a la cabeza páginas del Antiguo Testamento, porque la historia de la misericordia de Dios con el hombre es una sola. Los diálogos que relata el Génesis cuando el primer hombre y la primera mujer hablaban con Dios —y Dios con ellos— son, hasta el pecado, festivos, alegres. Después del pecado, la historia se hace tragedia, pero con esperanza. La esperanza se llama Cristo.

¿Qué desea Cristo, el Hijo de Dios? Contesta San Pablo: que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Eso es la Iglesia; el camino de la salvación definitiva. ¿Dónde? En todas partes. La santidad, realidad sencilla, pero sobrecogedora, es algo para todos. Dios no es limitado; es El el único que puede trazar, con rasgos claros, la historia verdadera. La Iglesia no nace como una más entre las obras que quieren hacer bien a los hombres. La Iglesia es el camino de la santidad, y la santidad es lo absolutamente original, porque sólo Dios es el Origen.

En un lugar concreto

La historia que escribe Dios no necesita tramoya ni aparato; el Señor de la historia y de los tiempos puede, aunque se escandalicen los sabios, moverse entre lo particular. El Hijo de Dios nace en un pueblo pequeño y en un establo; trabaja la mayor parte de su vida siendo un artesano, como uno más; habla un idioma concreto, particular, el arameo, probablemente con el acento de Galilea.

La mentalidad sensacionalista tiene cierta dificultad para entender esto: «¿De Nazareth puede salir algo bueno?». ¿Por una especial mala fama de Nazareth? No. Simplemente porque no era una corte, ni una ciudad industrial, ni un lugar de grandes familias. Lo mismo ha ocurrido en la historia de la Iglesia, muchas veces.

Pablo era de Tarso, con un oficio concreto, tejedor de tiendas. Pedro, pescador. Catalina de Siena, una hija de familia media, sin más títulos que los del propio trabajo. Francisco, hijo de un potentado —relativamente— de Asís, tiene en el modo de hablar, en las costumbres y en los gestos las suaves maneras de Umbría. Tomás Moro llegará a la cumbre del poder: detrás del rey, él. Pero cuando escribe a su hija, no hay solemnidad alguna; habla un padre, con sentido del humor, culto y, por eso, consciente de lo mucho que ignora. En Ars, un simple cura es el lugar de una escritura bien legible de la voluntad de Dios.

Las fastuosidades católicas han sido celebradas en el barroco, con un arte grande. Pero esto es una época más, entre otras. Los tiempos cambian —«que no en vano son tiempos», escribió San Agustín— y Dios está continuamente trayendo a la historia, por medio de los hombres, cosas antiguas y nuevas.

Así empieza el Opus Dei. Quien lo ve es un sacerdote joven —26 años—, que tiene una carrera civil —Derecho—; que ama el mundo porque lee en el Génesis que Dios lo ha hecho no sólo bueno, sino «muy bueno». Sólo la mala voluntad del hombre puede convertir —y lo consigue muchas veces— el mundo en un lugar de tormento, desoyéndose el mandamiento fundamental: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado»—, que es un mandamiento *nuevo*, se lee en algunos de los escritos de Mons. Escrivá de Balaguer, porque está aún por entrenar.

El estudiante de Bachillerato que era, a finales de 1916 y comienzos de 1917, Mons. Escrivá de Balaguer no ha pensado nunca en hacerse sacerdote. Incluso participa —luego le dolerá— de esa opinión común y, en el fondo, disculpable: *El latín para los curas*. Un día, sin embargo, le remueve algo muy concreto también, en una ciudad sin pretensiones de metrópoli, en Logroño: las huellas de los pies descalzos de un Carmelita sobre la nieve que cayó abundante en aquel invierno.

Cualquier mirada distraída hubiera pasado por encima de esas huellas, hollándolas; una mirada atenta hubiera considerado la heroicidad de la virtud ajena. Pero cuando Dios dice «aquí estoy», lo singular cobra sentido. Un estudiante de bachillerato se pregunta qué más puede él hacer por Dios. Algunos años después lo sabría. Por ahora, decide, costándole, ponerse más a disposición de Dios, haciéndose sacerdote. Para eso va a Zaragoza. *¿Por qué me hice sacerdote? Porque creí que así sería más fácil cumplir la voluntad de Dios, que no conocía. Desde unos ocho años antes de mi ordenación la barruntaba, pero no sabía qué era, y no lo supe hasta 1928 (S. Bernal, Apuntes sobre la vida de Mons. Escrivá de Balaguer, pág. 57).*

Mientras tanto, esta historia concreta de un hombre nacido en Barbastro el 9 de enero de 1902, se iba llenando de sucesos comunes y, por eso, divinos. Lo escribirá en forma definitiva en 1930, dos años después de la fundación de la Obra: *Hemos venido a decir, con la humildad de quien se sabe pecador y poca cosa —'homo peccator sum', decimos con Pedro (Luc. V, 8)—, pero con la fe de quien se deja guiar por la mano de Dios, que la santidad no es cosa para privilegiados: que a todos nos llama el Señor, que de todos espera Amor: de todos, estén donde estén; de todos, cualquiera que sea su estado, su profesión o su oficio. Porque esa vida corriente, ordinaria, sin apariencias, puede ser medio de santidad.*

En medio de la calle

Sacerdote desde el 28 de marzo de 1925, pocos meses antes había fallecido santamente su padre, D. José Escrivá. La muerte le llegó siendo todavía joven y después de haber pasado por sucesivas contradicciones: la muerte de tres hijas pequeñas, la ruina económica. En

esos sucesos, el Fundador del Opus Dei verá después, siempre, una dolorosa y divina preparación de su vocación. En esa primavera de 1925 el recién sacerdote es el hijo mayor de una familia que ha quedado reducida a cuatro personas: él, la madre (doña María de los Dolores Albás), la hija mayor (Carmen) y Santiago, un niño de seis años.

Tenía que ayudar económicamente a la familia. ¿Grandes planes? Poco después de ordenarse lo vemos atendiendo a los vecinos de un pueblo pequeño, Perdiguera, a 24 kilómetros de Zaragoza. Está allí, sirviendo con su ministerio sacerdotal, hasta mayo de 1925; vuelve a Zaragoza para terminar sus estudios de Derecho. Aquí permanecerá hasta casi dos años después, marzo de 1927, cuando se traslada a Madrid para preparar el Doctorado. Trabaja al mismo tiempo dando clases en una Academia y es también capellán del Patronato de Enfermos; diariamente, son muchas las horas que dedica a atender a cientos de enfermos en los hospitales y en los suburbios de Madrid; a confesar a niños —miles— en las barriadas más pobres y extremas de la capital.

Martes, 2 de octubre de 1928. Un sacerdote de 26 años hace unos días de retiro espiritual en la casa que los Paúles tienen en la calle de García de Paredes. En ese día ve finalmente el Opus Dei, lo que Dios quiere de él. *Desde ese momento no tuve ya tranquilidad alguna, y empecé a trabajar, de mala gana, porque me resistía a meterme a fundar nada; pero comencé a trabajar, a moverme, a hacer, a poner los fundamentos.* (Apuntes..., p. 101).

De pronto ya está todo. Los cincuenta años de historia transcurridos hasta hoy y los que siguen a partir de ahora están ya ahí, en un día concreto de aquel otoño madrileño de 1928. Más tarde Mons. Escrivá de Balaguer encontrará una forma paradójica de describir la realidad del Opus Dei: *una organización desorganizada*. Organización porque es inevitable cuando

hay varios; desorganizada porque cada uno de sus socios busca la santidad y hace apostolado personalmente, con completa libertad, en y a través de su trabajo profesional, de su vida familiar y social.

Se trata de hacer ver que es posible intentar ser santos en medio de la calle, sin salirse, para corresponder a esa vocación, del lugar que cada uno ocupa en la sociedad. La vida continúa con sus vicisitudes propias; en la escala social unos subirán, otros bajarán, la mayoría avanzará con los avances generales. El Opus Dei se declara ajeno a todo esto, porque es algo que corresponde a la libertad de cada socio. La Asociación no organiza la vida de trabajo de sus socios; no dirige ni controla sus actividades, sus relaciones, sus influencias.

Parecería entonces que, al concentrar exclusivamente la atención en lo espiritual, el Opus Dei tendría que dedicarse a animar manifestaciones de ese estilo: reuniones, procesiones, actos de público testimonio. Pero no es así. Se respetan y veneran las instituciones que tienen ese fin, pero la vocación al Opus Dei es una vocación de no-espectáculo, ausencia de gestos clamorosos de abandono y renuncia. *La santidad grande está en cumplir los deberes pequeños de cada día.* (Camino, n. 817).

El Opus Dei no intenta unir a quienes, en la vida, desarrollan tareas muy diversas. No moviliza humanamente hablando. Asegura a cada socio —por el hecho de ser un cristiano concreto en un lugar concreto—, el conocimiento de la fe y de la doctrina de la Iglesia, la asistencia espiritual. Después cada uno actúa por su cuenta, en conciencia, procurando comportarse, en el sentido más estricto, cristianamente.

Cuando se parte de la primacía de la libertad personal, no es posible hacer un grupo ni siquiera cuando se cuenta con la adhesión plena y consciente de muchos miles de personas, actualmente unos 70.000, de más de 80 países. Así es el Opus Dei. No cabe su instrumen-

talización para fines temporales, porque esta instrumentalización —si pudiera darse— sería también el acta de defunción de la Asociación.

La aventura de la libertad

No va de acuerdo con la dignidad de los hombres el intentar fijar unas verdades absolutas, en cuestiones donde por fuerza cada uno ha de contemplar las cosas desde su punto de vista, según sus intereses particulares, sus preferencias culturales y su propia experiencia peculiar. Pretender imponer dogmas en lo temporal conduce, inevitablemente, a forzar las conciencias de los demás, a no respetar al prójimo (...). Pienso que un cristiano ha de hacer compatible la pasión humana por el progreso cívico y social con la conciencia de la limitación de las propias opiniones, respetando, por consiguiente, las opiniones de los demás y amando el legítimo pluralismo. Quien no sepa vivir así, no ha llegado al fondo del mensaje cristiano (...). Dios, al crearnos, ha corrido el riesgo y la aventura de nuestra libertad. (Las riquezas de la fe, Folleto Mundo Cristiano, n.º 119, págs. 27-28). Estas palabras de Mons. Escrivá de Balaguer introducen a la comprensión de dos términos esenciales en el Opus Dei: la libertad y la universalidad.

El cristianismo no necesita probar su universalidad. Las primeras suspicacias de los primeros cristianos —judíos de raza— fueron abandonadas ya en vida de los Apóstoles. Sobre todo San Pablo, con el acuerdo de los demás, es el difusor, para todo el mundo, de la doctrina del Crucificado.

Tampoco la libertad humana necesita pruebas de sangre. Es un lenguaje común, siempre actual, y rebasa las barreras políticas y culturales.

Cuando el Opus Dei propone a la gente corriente

vivir el cristianismo con toda la fuerza de la libertad personal, está ya superando los límites geográficos y necesarios de su lugar de aparición en la historia. Una vez más, lo particular no se opone a lo universal. El Hijo de Dios es un artesano de Nazareth. Inés, la joven romana, es un testigo universal de la fe. Aquila y Priscila —matrimonio judío y colegas de Pablo— hablan de Dios a gentiles, superando prejuicios atávicos.

En 1935, a sólo siete años de la fundación, don Josemaría Escrivá de Balaguer está preparando la expansión hacia los países vecinos: Francia, Portugal, Italia. Los socios del Opus Dei son pocos y la mayoría es gente joven. La guerra civil española e, inmediatamente después, la segunda contienda mundial frenan el deseado desarrollo. A partir de 1945, el muelle comprimido durante diez años se dispara: la universalidad de intención se convierte en un hecho. Es preciso hablar de esto con un nigeriano, un finlandés, un filipino, un español, un norteamericano, para comprobar la realidad de un mismo espíritu compaginarse con el positivo desinterés hacia temas que, en país ajeno, apasionan, dividen y enfrentan a los respectivos nacionales. Un socio del Opus Dei, filipino, pescador, desconoce, con la tranquilidad de los hechos, los vericuetos de la política alemana o italiana. ¿Su cultura puede mejorar? Probablemente y en la misma medida en que un italiano o un alemán tengan sobre Filipinas opiniones reales y no impresiones superficiales.

Esas personas, si son socios del Opus Dei, hablarán ciertamente un lenguaje común: el cristiano y, en concreto, el de la santificación del propio trabajo. El Opus Dei, asociación católica internacional, no intenta uniformar lo que por otra parte es poco uniformable. En cada país, la Obra tiene su propia organización y el Consejo General —un órgano colegiado e internacional, con sede en Roma— tiene una función de orientación espiritual y de promoción de los apostolados específicos de la asociación.

Compromisos personales

El socio del Opus Dei —hombre o mujer, joven o adulto o anciano, casado, soltero, viudo o sacerdote— está comprometido. Su compromiso personal, respuesta a una vocación recibida de Dios, es vivir con autenticidad su fe cristiana y transmitirla a los demás, según la espiritualidad de la Obra, dentro de su ámbito normal de acción: la familia, el trabajo. Y se compromete —esto está implícito— a vivir, dentro de una honradez natural y cristiana, como hubiese vivido también en el caso de que no hubiese formado parte de la asociación. Su vida concreta, más o menos llamativa (más bien menos para la mayoría, como para la mayoría de la gente), no es la de un «miembro» de un «grupo», sino la de una persona independiente, que se ha adherido a los fines de una asociación concreta, y se esfuerza en encarnar su espíritu, ayudado con los medios de formación espiritual que el Opus Dei le facilita.

Entre las posibilidades que se abren ante cada hombre —vivir para sí o para los demás—, ser del Opus Dei supone haberse decidido, como cristiano, por el segundo término de la alternativa. Es una decisión razonada, no arbitraria ni provisional; para toda la vida. Por eso requiere el ejercicio de virtudes humanas como la lealtad, la sinceridad, la fidelidad, la fortaleza, la constancia, la laboriosidad. Y no se entiende el Opus Dei si se consideran desfasadas esas cualidades que son, en realidad, las que abren paso a la auténtica vida cristiana.

Ese es el núcleo esencial. Las preguntas que deben hacerse y que de hecho se hacen (¿Cómo actúan los socios del Opus Dei? ¿Dónde y cómo viven? ¿En qué trabajan?) tienen respuestas necesariamente escuetas, en la imposibilidad de recoger una multiplicidad de casos diversos y no planificables. Los socios del Opus

Dei trabajan donde trabajarían si no estuviesen en la asociación, entre otras por la razón elemental de que se incorporan al Opus Dei cuando ya tienen un trabajo concreto. La mayoría de los socios son personas casadas y viven, naturalmente, en sus casas; otros, solteros, viven también en sus hogares; una pequeña parte viven en centros del Opus Dei para dedicar con más disponibilidad una parte de su tiempo a la principal actividad de la asociación —la preparación doctrinal y espiritual de los socios—, o para llevar iniciativas que son, a la vez, un trabajo profesional y un apostolado cristiano: centros de educación, de asistencia, de beneficencia, de promoción profesional, en los que el Opus Dei, en cuanto tal, garantiza el espíritu cristiano en que se realizan esas actividades, quedando los aspectos técnicos, administrativos, etc. bajo la responsabilidad de las personas —socios de la Obra o no— que realizan ahí su trabajo profesional.

Muchas de estas iniciativas son actividades con prestigio en los países en los que funcionan. Preguntar en Nairobi por el Kianda College obtiene como respuesta que se trata de la mejor escuela keniana para la preparación de secretarías y de personal administrativo. En Japón, los métodos de enseñanza de idioma del Seido Language Institute están homologados entre los primeros del país. En Roma, el Centro Elis se ha convertido en menos de quince años, en el principal lugar educativo de unos de los barrios obreros más importantes de la capital italiana.

En las declaraciones oficiales que se pueden atribuir al Opus Dei sorprende no encontrar ningún afán de coleccionismo de estas instituciones, que probablemente superarán el millar en países de los cinco continentes. Abiertas a todos, sin atender a diferencias de renta, raza, religión o condición social, están sostenidas económicamente por el trabajo de los socios y, además, por la ayuda de miles de católicos y de no católicos. Otras muchas están empezando ahora, con pocos

medios, con bastante ilusión y con grandes dosis de paciencia.

Anticlericalismo

He visto siempre el Opus Dei como una reunión de personas unidas en lo fundamental —la fe cristiana, el apostolado, la defensa de la libertad— y separadas en todo lo demás, precisamente en virtud de ese mismo sentido de independencia personal. Una institución que no puede hacerse grupo; que tiene un mínimo de organización y que ese mínimo está pensado para que no pueda organizarse lo que, según la naturaleza del Opus Dei, no es organizable. Otros no lo ven así, por desconocimiento unas veces, y otras, mentalidad de ese sociologismo de manual que tiende a crear moldes generales a partir de experiencias tan singulares que en realidad son insólitas.

Esa mentalidad totalizante no entendería por qué en los primeros siglos de la Iglesia, y hasta hoy, un cristiano es campesino y otro es comerciante; uno recaudador de impuestos y otro pescador; una mujer trabaja en su casa y otra en la fábrica. Si todos son católicos, ¿por qué no meterlos a todos en el mismo esquema? Sencillamente porque la realidad de la diversidad de la geografía, de la cultura y de la libertad, rechaza ese esquema.

Cuando, a mediados de los años cuarenta, el Dr. D. Alvaro del Portillo, actual Presidente General de la Asociación, explicó en Roma qué era el Opus Dei, un personaje de la Curia le dijo que «había llegado con un siglo de anticipación». Han transcurrido cincuenta años y el diagnóstico, en lo fundamental, sigue siendo cierto. Muchos cristianos y cristianas, ignorantes en sociología —pero sabios en vida —entienden el Opus Dei, formen o no parte de la asociación. Otros —también

cristianos o no cristianos— pero aquejados, quizá involuntariamente, de clericalismo (hay un clericalismo agnóstico e incluso un clericalismo ateo), insisten en considerar al Opus Dei como un fenómeno que, al darse en la historia, se explicaría exhaustivamente por coordenadas sociales, culturales, políticas y económicas.

Sería la misma miopía con la que a veces se ha intentado encuadrar a la Iglesia. Desde que surge la Iglesia, el mundo ha cambiado de piel muchas veces; las coordenadas culturales, económicas y sociales han variado con mayor o menor intensidad. Y, sin embargo, la Iglesia sigue suscitando, generación tras generación, las mismas realidades de fe y de sentido sobrenatural. Yo, puede decir cualquier cristiano, tengo la fe de Pedro, la de Juan, la de los apóstoles, la de tantos millones de hombres y mujeres... Esto es normal y, por eso, lo ignoramos olímpicamente. Sin embargo, no hay fenómeno histórico que registre tanta eficacia.

En la línea del horizonte

El Opus Dei, institución de la Iglesia, para la Iglesia y, por eso, para cualquier mujer, para cualquier hombre, participa de la eficacia de la Iglesia; y, a la vez, ayuda a conocerla. La insistencia de Mons. Escrivá de Balaguer en el hecho de que, con el bautismo, todo cristiano ha sido llamado a la santidad, fue denominada hace tres años por el Cardenal Baggio en un artículo, «una revolución bautismal». De este modo, un Sacramento que para una mirada superficial puede parecer sólo un rito social, para el cristiano es un compromiso de santidad, es decir, de la tarea de asemejarse a Dios hasta endiosarse con el endiosamiento de la humildad; el *endiosamiento bueno* del que hablaba el Fundador del Opus Dei.

Poco más puede decirse; una realidad que toca muchas vidas, en situaciones diversas, con culturas distintas y mentalidades diferentes se resiste a una apreciación global y simplificadora. Cabe afirmar, sin embargo, que el Opus Dei no busca un lugar en el mundo, porque está formado por gentes que tienen ya en el mundo su lugar; en efecto, la vocación les ha sorprendido —con frecuencia esa es la palabra exacta— en plena calle.

Añadiría esto, destinado a la atención de los lectores: los hombres y mujeres del Opus Dei no son un tipo especial de personas, una élite, un grupo. Usted mismo, si Dios le llama por ahí y, naturalmente, si usted quiere, puede pertenecer a esta asociación internacional, cualquiera que sea su edad, estado civil —soltero, casado, viudo, sacerdote—, raza, trabajo, condición social y renta. Con estas condiciones: amar el trabajo —el que sea— y verlo como camino real de santidad; poseer esas virtudes humanas —sinceridad, lealtad, laboriosidad, generosidad, optimismo—, sin las cuales no es posible calar en la hondura del Evangelio; ser católico sin alardes y, por eso, estar dispuesto a conocer y a tratar cada día más a Dios, a través de los Sacramentos —la Eucaristía, la Confesión— y de la oración; sentirse más a gusto en plena calle que en los alrededores de las sacristías; entender la propia vida como un servicio a los demás y rechazar incluso el pensamiento de utilizar a los demás como escalones para el propio medro personal.

La Iglesia es una, pero en ella hay muchos caminos. *Debe haberlos* —escribió Mons. Escrivá de Balaguer— *para que todas las almas puedan encontrar el suyo, en esa variedad admirable.* El Opus Dei es un camino, iniciado en 1928, para que muchos puedan santificar lo ordinario: *Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido*

martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria. (Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 116).

